

CON MOTIVO DE LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

Querido hermano, querida hermana:

Con motivo de la fiesta de la Asunción de nuestra Madre en cuerpo y alma al cielo, la Pascua de María, quiero dirigirme personalmente a ti y compartir contigo desde el corazón.

El Evangelio que escucharemos en la Eucaristía de la Asunción es el encuentro de la Virgen con su prima Isabel, donde María, ungida por el Espíritu Santo, reza al Padre alabando su Misericordia. Esta oración, el *Magnificat*, es un canto al amor todopoderoso de Dios, que se inclina hacia la debilidad humana con una compasión y una ternura que no cabe en nuestra imaginación. Justamente por eso, porque la Misericordia divina no cabe en nuestra razón, sólo podemos acogerla con la ayuda del Espíritu Santo en el don de la Fe.

Me pregunto: ¿puedo creer que Dios me ama cuando cada día me siento acosado por las noticias del mal en el mundo, del dolor de mis hermanos o de las amenazas continuas de pensamientos intrusivos que me hacen dudar de mi propio valor y me llenan de inseguridad? Siento, por una parte, que es inevitable una cierta apatía o cansancio espiritual cuando todo eso pesa mucho y debilita las fuerzas. Por otra parte, creo que todo pesa más cuando caigo en la tentación de pensar que lo tengo que llevar yo por mí mismo, que es una tarea mía de la que soy responsable, o más que responsable, culpable.

En esos momentos: ¿No es más fácil salir corriendo, evadirse y agarrarse “a lo que sea”?

Desde luego, la Fe no está al margen de nuestras vivencias humanas, sino todo lo contrario. La Fe sucede en la realidad concreta y con las circunstancias concretas de cada persona. Como enseña la escena de la visita de María a Isabel, **la Fe es un encuentro con Cristo presente**, por el que soy arrebatado por un Amor que da sentido a la vida con mis preguntas, aciertos y errores, cualidades y debilidades, incluso con mis pecados; da sentido a mi vida tal y como es, tal y como soy.

Querido hermano, querida hermana: sé que esto lo has escuchado muchas veces, hasta el punto de la indiferencia; más de lo mismo. ¿Cuántas veces hemos oído hablar del Amor de Dios, de la confianza, del perdón, del sentido de la vida...? Y después de todo... ¿cómo estoy? ¿No pueden llegar estas cosas a resonar en la cabeza como palabras bonitas, pero...nada más que palabras, conceptos o ideas?

María nos da testimonio del camino para hacer realidad nuestra Fe: **dejarnos hacer por Dios**. A nuestra Madre la llamamos *Obra Maestra de la Gracia* porque desde su Concepción hasta su Asunción al Cielo es una vasija de barro que no se hace a sí misma, sino que es disponible y dócil a la acción del Espíritu de Dios, que es quien la moldea. Estoy seguro, tengo la certeza, de que también el Señor quiere hacer de ti y de mí una obra maravillosa, una vasija de barro preciosa; ahora bien, **la que Él quiere y no la que yo tengo idealizada**.

Nuestra Madre decidió perder el control de su vida para dárselo a Dios. En esto consiste la Fe. Ni más ni menos. Pero Ella nos enseña que es una decisión en toda regla: una decisión libre, diaria, una decisión que compromete quién eres, lo que piensas, lo que sientes, a lo que aspiras... es una decisión que **abarca todo**.

Quizá te preguntes: y esto, ¿cómo se hace?

Nuestra Madre da testimonio de la importancia de acoger y dejarse acoger por las personas que el Señor pone en nuestro camino para que el Espíritu Santo vaya haciendo su obra. En la historia de María vemos a San José, Santa Isabel, hasta los pastores que van al pesebre en Belén alegres de ver al Mesías, San Juan y el resto de los apóstoles, Santa María Magdalena...

¿Cómo reconocer que alguien viene de parte de Jesús para mí?

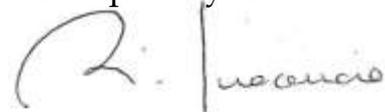
Normalmente estamos **expuestos a la sorpresa** porque no son personas que elegimos así de primeras, incluso tienen rasgos que no nos resultan interesantes o incluso ponemos distancia por prejuicios absurdos. Pero aparecen en la vida, están y no se van. La sorpresa continúa cuando de forma inesperada, al acercarnos un poco más, caemos en la cuenta de que nos es fácil dialogar, abrir el corazón, confiar, estamos a gusto; sobre todo, se despliegan dentro de nosotros, sin buscarlo, la Fe, la Esperanza y la Caridad. Esa amistad hace surgir una búsqueda de la voluntad de Dios con sinceridad y en verdad, no como un peso sino desde el deseo y la alegría del corazón. Y ¡atención!: es una relación, un encuentro que me hace libre para centrar mi afecto en Jesús y no en la persona misma. Aquí caemos en la cuenta de que **Cristo está presente**.

Al contrario: cuando pretendemos la amistad de alguien que no es para nosotros los resultados son la pérdida progresiva de la Fe, la Esperanza y la Caridad. La voluntad de Dios se hace insufrible y empezamos a engañarnos a nosotros mismos. Vamos perdiendo libertad porque esa relación se convierte en un absoluto imprescindible. **En esa amistad Cristo no está.**

Esto no significa que nos hagamos selectivos y amemos menos; todo lo contrario. El encuentro con Cristo en las personas que Él elige nos lleva a ensanchar el corazón hacia el resto y encontrar sentido en el servicio, el perdón, la paciencia y el abrazo incluso con aquellos que no nos quieren. Cristo amplifica y simplifica; no aísla.

Querido hermano, querida hermana: después de todo esto entenderás la inquietud que siento de ver a Jesús presente y actuando en nuestra vida. No podemos vivir "de las rentas", del pasado, de encuentros de Fe que sucedieron ayer pero ya quedan lejos... Tengo la certeza de que Cristo es hoy, aquí y ahora. Que la fuerza de la Pascua es para ti y para mí, tal y como somos con nuestras circunstancias actuales. Ese es el mensaje de nuestra Madre María en la Fiesta de la Asunción: **el Amor de Dios siempre vence**. Que venza hoy en ti y en mí; en nosotros. ¡Dejémonos hacer por Él!

Con todo cariño te quiere y te bendice:



Rubén